

TUMBA DE LOS DIOS



Traducción de
Manu Viciano

JAY KRISTOFF

 NOCTURNA
EDICIONES

JAY KRISTOFF

TUMBA DE LOS DIOS

Traducción del inglés

Manu Viciano

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Godsgrave*

Copyright © Neverafter Pty Ltd., 2017

Publicado inicialmente por St. Martin's Press

Derechos de traducción gestionados por Adams Literary y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados

Traducción de Manuel Viciano, cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© de los marcos: Alejandra Hg, 2021

© de las guardas: Duda Vasilii/Shutterstock.com

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com

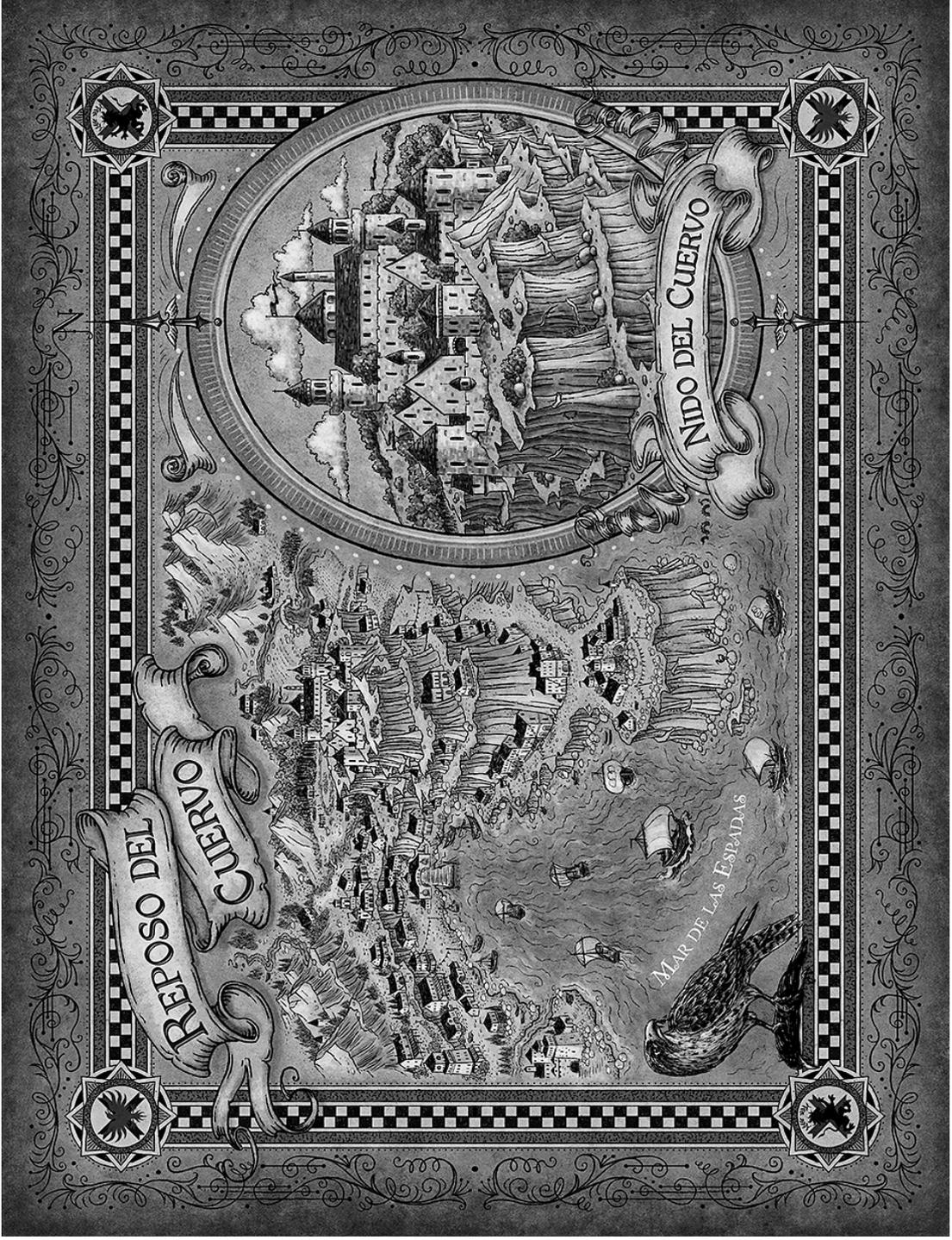
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: agosto de 2021

ISBN: 978-84-18440-18-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mis enemigos.
No podría haberlo hecho sin vosotros.*



TUMBA DE DIOSES

Buen giro tengáis, gentiles amigos. Me alegro de volver a veros.

Lo confieso, durante este tiempo que hemos estado separados os he añorado. Y ahora, reunidos de nuevo, ojalá pudiera limitarme a saludaros con una sonrisa y dejaros seguir con esta historia de asesinatos, venganza y, de vez en cuando, montones de obscenidades redactadas con un gusto exquisito. Pero antes de que volvamos a deslizarnos juntos por estas páginas, debo haceros una advertencia importante.

La memoria es una traidora, una mentirosa, una zángana y una ladrona. Y aunque sin duda el reparto de nuestro drama quedó grabado de forma indeleble en vuestra psique, a veces hay que hacer concesiones a los menos espabilados de entre vosotros, mortales.

¿Quizá se impone, pues, hacer un repaso?

DRAMATIS PERSONAE

Mia Corvere. Asesina, ladrona y la heroína de nuestro relato..., si es que puede decirse que nuestro relato tiene una heroína. Juró vengar la muerte de su padre, Darío, después de que fuese ejecutado por orden del Senado Itreyano, y se convirtió en discípula de la secta de asesinos más temida de toda la república, la Iglesia Roja.

Aunque no superó las pruebas de la Iglesia, Mia terminó iniciada como hoja (es decir, asesina) tras rescatar al Sacerdocio durante un ataque de legionarios Luminatii.

Mia tiene mezcla de sangre itreyana y liisiana. Además, es una tenebra, capaz de controlar la mismísima oscuridad. Sabe muy poco de sus poderes, y el único otro tenebro al que llegó a conocer murió antes de poder ofrecerle las respuestas que anhelaba.

Trágico, lo sé.

Don Majo. Un daimón, pasajero o familiar (según a quién se le pregunte), hecho de sombras que se alimenta del miedo de Mia, a quien le salvó la vida de niña. Afirma que conoce muy poco de su verdadera naturaleza, pero es sabido que miente de vez en cuando.

Adopta la forma de un gato, aunque no se parece a los gatos en absoluto.

Eclipse. Otro daimón hecho de sombras que adopta la forma de una loba. Eclipse era la pasajera de Casio, anterior líder de la Iglesia Roja. Cuando Casio murió durante el asalto de los Luminatii, Eclipse se unió a Mia.

Como la mayoría de los perros y los gatos, ella y Don Majo no se llevan bien.

El viejo Mercurio. Maestro y confidente de Mia antes de que ella ingresara en la Iglesia Roja. Mercurio fue una hoja de la Iglesia durante muchos años, pero se retiró y ahora vive en Tumba de Dioses. El anciano itreyano regenta una tienda llamada Mercuriosidades y ejerce como informador y reclutador para los siervos de la Negra Madre.

Bajo ninguno de los tres soles se ha visto jamás a un viejo cabronazo más gruñón que él.

Tric. Discípulo de la Iglesia Roja, además de amigo y amante de Mia. Por las venas de Tric corría sangre itreyana y dweymeri. Cuando estaba a punto de iniciarse como hoja, Ashlinn Järnheim lo apuñaló repetidas veces en el corazón y lo arrojó por la ladera del Monte Apacible.

Mia cumplió la promesa que le hizo a Tric y asesinó a su abuelo Rompeespadas, rey de las islas de Dweym, después de la muerte del chico.

No fue el acto más sensato del mundo, si os paráis a pensarlo.

Ashlinn Järnheim. Discípula de la Iglesia Roja y, en el pasado, amiga íntima de Mia. Ash nació en Vaan y es hija de Torvar Järnheim, hoja de la Iglesia retirado. En venganza por una mutilación que sufrió al servicio de la Madre, él y sus hijos urdieron un plan que estuvo a punto de hacer caer a la Iglesia entera, aunque al final su conspiración fracasó por obra de Mia.

El hermano de Ash, Osrik, cayó asesinado durante el ataque, pero Ashlinn escapó.

Los sentimientos de Ashlinn hacia Mia podrían describirse como... complicados.

Naev. Mano (es decir, sirviente) de la Iglesia Roja y amiga de Mia. Se encarga de organizar caravanas de abastecimiento en los desolados Susurriales de Ysiir. Naev quedó desfigurada por la tejedora Marielle en un arrebato de celos, pero, como pago por la ayuda de Mia durante el asalto de los Luminatii, Marielle restauró la anterior belleza de Naev.

Naev nunca perdona y jamás olvida; es uno de los motivos por los que Mia y ella se llevan tan bien.

Drusilla. Reverenda madre de la Iglesia Roja y, a pesar de su aparente edad avanzada, una de las más mortíferas siervas de la Negra Madre que sigue con vida. Drusilla

decretó que Mia había fracasado en su prueba final, y fue sólo por intercesión de Casio, Señor de las Hojas, que Mia terminó iniciada.

Por decirlo con suavidad, no es la mayor admiradora de Mia.

Solis. Shahiid de Canciones, adiestrador de los discípulos de la Iglesia Roja en el arte del acero. Mia le hizo un corte en la cara durante su primer combate de entrenamiento. En venganza, Solis le cercenó un brazo a ella.

Ahora son uña y carne, como podréis suponer.¹

Mataarañas. Elegida por votación como la «shahiid con mayor probabilidad de asesinar a sus propios alumnos» durante cinco años consecutivos, Mataarañas es la señora del Salón de las Verdades. Mia era una de sus discípulas más prometedoras, pero, después de que fracasara en la prueba final de Drusilla, el aprecio de Mataarañas por la chica se esfumó casi por completo.

Ratonero. Shahiid de Bolsillos y maestro del robo. Es un hombre encantador, ingenioso y tan aficionado al hurto como a ponerse ropa interior de mujer. El itreyano no alberga una gran aversión hacia Mia, lo que en la práctica lo convierte en uno de sus mayores admiradores.

Aalea. Shahiid de Máscaras y maestra de los secretos. Se dice que sólo hay dos clases de personas en el mundo: las que aman a Aalea y las que todavía no la conocen.

En realidad, parece tener bastante cariño a Mia.

Sorprendente, ¿verdad?

Marielle. Una de los dos teúrgos albinos que están al servicio de la Iglesia. Marielle domina la antigua magia Ysiiri del tejido de carne, y es capaz de esculpir la piel y el músculo como si fuesen arcilla. Sin embargo, el precio que paga por su poder es elevado, ya que su propia carne tiene una apariencia horripilante y no puede modificarse a sí misma.

La única persona que le importa en el mundo es su hermano Mario, y quizá le importe demasiado.

Mario. El segundo teúrgo que sirve al Monte Apacible. Mario es un orador de la sangre, capaz de manipular el vitus humano. Gracias a las artes de Marielle, su belleza no tiene parangón.

Aunque me viene a la mente cierto dicho sobre las apariencias...

Aelio. Cronista del Monte Apacible y encargado de mantener cierta semblanza de orden en el gran *athenaeum* de la Iglesia Roja.

Como todo lo demás en la biblioteca de Niah, Aelio está muerto.

Parece albergar sentimientos enfrentados al respecto.

Chss. Era discípulo de la Iglesia Roja, y ahora hoja de pleno derecho. Chss nunca habla, pero se comunica mediante un idioma de signos conocido como deslenguado.

El chico itreyano ayudó a Mia en sus pruebas finales, aunque sin dejar de afirmar en todo momento que no eran amigos.

Jessamine Graciano. Discípula de la Iglesia Roja en la misma promoción de Mia, que fracasó en su intento de convertirse en hoja. Jessamine es hija de Marcino, un centurión itreyano ejecutado por su lealtad al padre de Mia, Darío Corvere «el Coronador». Jess culpa a Darío, y por extensión a Mia, de la muerte de su padre, aunque en realidad las dos chicas tienen mucho en común.

El deseo de ver al cónsul Julio Scaeva destripado como un cerdo, por ejemplo.

Julio Scaeva. Cónsul tres veces electo del Senado Itreyano. Scaeva ha ostentado en exclusiva el consulado desde la Rebelión del Coronador, seis años atrás. En teoría, el puesto es compartido y los cónsules sirven sólo durante un período, pero en el caso de Scaeva las reglas parecen no aplicarse.

Presidió la ejecución del padre de Mia y condenó a su madre y a su hermano, que era un bebé, a morir en la

Piedra Filosofal. También ordenó que se ahogara a Mia en un canal.

Sí, es un cabrón de mucho cuidado.

Francesco Duomo. Sumo cardenal de la Iglesia de la Luz y el miembro más poderoso de la clerecía de Aquel que Todo lo Ve. Junto con Scaeva y Remo, fue el responsable de dictar sentencia contra los rebeldes del Coronador.

Duomo es la mano derecha de Aa en esta tierra. La mera visión de una reliquia sagrada que haya bendecido este hombre es suficiente para hacer que Mia se retuerza en agonía.

Apuñalar al muy hijo de puta podría resultar difícil, en consecuencia.

Justicus Marco Remo. Antiguo justicus de la Legión Luminatii y comandante del asalto al Monte Apacible. Durante su enfrentamiento con Mia, Remo hizo un comentario críptico sobre el hermano de Mia, Jonnen.

Mia apuñaló al itreyano hasta matarlo antes de que pudiera explicarse bien.

A él no le hizo mucha gracia.

Alinne Corvere. La madre de Mia. Aunque nació en Liis, Alinne se dio a conocer en los salones donde se ejercía el poder itreyano. Era una maestra de la política y una estimada dona de no poca voluntad. Encarcelada en la Piedra Filosofal con su hijo pequeño tras la fracasada

rebelión de su marido, Alinne murió presa de la locura y la miseria.

Sí, a mí también me caía bastante bien.

Darío Corvere, el Coronador. El padre de Mia. Antiguo justicus de la Legión Luminatii, Darío entabló una alianza con el general Gayo Maxinio Antonio para coronarlo rey. Los dos itreyanos reclutaron un ejército y marcharon contra su propia capital, pero ambos fueron capturados la víspera de la batalla. Despojado de sus líderes, su ejército se descompuso. Las tropas terminaron crucificadas y el propio Darío, ahorcado al lado de Antonio, su candidato a rey.

Tan cerca que casi alcanzaban a tocarse.

Jonnen Corvere. El hermano de Mia. Aunque sólo era un bebé en tiempos de la rebelión de su padre, Jonnen acabó encarcelado con su madre en la Piedra por orden de Julio Scaeva. Murió allí antes de que Mia tuviera ocasión de rescatarlo.

Aa. El Padre de la Luz, también conocido como Aquel que Todo lo Ve. Se dice que los tres soles, llamados Saan (el Vidente), Saai (el Conocedor) y Shiih (el Observador), son sus ojos, y casi siempre hay al menos uno de ellos presente en el cielo. En consecuencia, la auténtica noche o veroscuridad tiene lugar sólo durante una semana cada dos años y medio.

Aa es un dios benévolo, amable con sus adoradores y piadoso con sus enemigos. Y si os habéis creído esto último, gentiles amigos, podría venderos cualquier cosa, hasta el puente de las Necedades, en Tumba de Dioses.

Tsana. Señora del Fuego, Aquella que Quema Nuestro Pecado, la Pura, Patrona de Mujeres y Guerreros y primogénita de Aa y Niah.

Keph. Señora de la Tierra, Aquella que Dormita por Siempre, el Hogar, Patrona de Soñadores y Necios y segunda hija de Aa y Niah.

Trelene. Señora de los Océanos, Aquella que se Beberá el Mundo, el Destino, Patrona de Marinos y Canallas, tercera hija de Aa y Niah y gemela de Nalipse.

Nalipse. Señora de las Tormentas, Aquella que Recuerda, la Piadosa, Patrona de Sanadores y Líderes, cuarta hija de Aa y Niah y gemela de Trelene.

Niah. Madre de la Noche, Nuestra Señora del Bendito Asesinato, conocida también como las Fauces. Esposa-hermana de Aa, Niah gobierna una región sin luz del más allá conocida como el abismo. Al principio, ella y Aa compartían el dominio de los cielos. Incumpliendo la orden de engendrar sólo hijas de su marido, Niah terminó dando a luz un hijo. Como castigo, fue desterrada del cielo por su

amado y se le permite regresar sólo durante un breve período cada pocos años.

¿Y qué fue de su hijo?

Como os dije la última vez, gentiles amigos, eso sería revelar demasiado.

El lobo no se compadece del cordero.
Y la tormenta no suplica su perdón a los ahogados.

MANTRA DE LA IGLESIA ROJA

libro 1

LA PROMESA ROJA

CAPÍTULO 1

Perfume

Nada hiede tanto como un cadáver.

Tarda un poco en empezar a apestar de verdad. Si no ensucias las calzas antes de morir, lo más probable es que lo hagas poco después: así funciona vuestro cuerpo humano, me temo. Pero no me refiero a la mundana fetidez de la mierda, gentiles amigos. Hablo del lacrimógeno perfume de la simple mortalidad. Tarda un giro o dos en coger impulso, pero cuando el baile llega a su apogeo, luego cuesta olvidarlo.

Se percibe justo antes de que la piel comience a ennegrecerse y los ojos se vuelvan blancos y la tripa se hinche como un globo horrible. Tiene un matiz dulce que se arrastra garganta abajo y te revuelve el estómago como una mantequera. En realidad, creo que apela a algo primigenio en vosotros. A esa parte de los mortales que siente pavor a la oscuridad. A esa parte que sabe sin el menor género de duda que, seas quien seas y hagas lo que hagas, los gusanos van a darse un buen festín contigo y que, cuando llegue el día, tú y todo lo que has amado moriréis.

Pero, en fin, los cadáveres tardan un tiempo en estropearse tanto como para que puedan olerse a kilómetros de distancia. Y por eso, cuando Bebelágrimas olió el tufillo dulce e intenso de la descomposición en los Susurriales ysiiri, supo al instante que los cuerpos llevaban como mínimo dos giros muertos.

Y que debía de haber muchísimos.

La mujer tiró de las riendas para detener a su camello y alzó el puño en dirección a sus hombres. El carretero de la caravana que la seguía vio la señal y la larga y serpenteante cadena de carros empezó a frenar entre salivazos, gruñidos y pisotones. Hacía un calor inhumano..., dos soles abrasaban en un azul cegador el cielo y en un rojo titilante el desierto que los rodeaba. Bebelágrimas echó mano al odre que tenía en la silla y dio un sorbo templado mientras su segundo al mando se abría paso hasta ella.

—¿Problemas? —preguntó César.

Bebelágrimas señaló hacia el sur por el camino.

—A eso huele.

Al igual que todo su pueblo, la dweymeri era alta, de dos metros sin faltarle un solo centímetro, y todos esos centímetros eran puro músculo. Tenía la piel de color marrón oscuro y los rasgos adornados con los complejos tatuajes faciales que llevaban todos los nativos de las islas Dweym. Una larga cicatriz le dividía en dos el ceño, cruzaba un ojo izquierdo blanco lechoso y descendía por su mejilla. Llevaba ropa de marinera, tricornio y una vieja levita de capitana. Pero los océanos que surcaba de un

tiempo a esa parte estaban hechos de arena, y las únicas cubiertas que recorría eran las de los carros de su caravana. Tras un naufragio que acabó con toda su tripulación y su cargamento años antes, Bebelágrimas había decidido que la Madre de los Océanos odiaba su estampa, su culo y cualquier barco en el que navegara.

De modo que se había echado al desierto.

La capitana se hizo sombra en el ojo y escrutó en la lejanía. Los vientos susurrantes raspaban y picaban en torno a ella, y notó cómo se le erizaban los pelillos de la nuca. Todavía estaban a siete giros de distancia de los Jardines Colgantes, y no era raro que los esclavistas hicieran aquel recorrido incluso en pleno verano profundo. Aun así, dos de los tres soles estaban altos en el cielo y, tan cerca de la veroluz, hacía demasiado calor para tratarse de algo muy dramático.

Pero el hedor era inconfundible.

—¡Perrero! —vociferó—. ¡Graco, Luka! Armaos y venid conmigo. Caminapolvo, que no pare esa canción férrea. Como acabe mordiéndome el culo un kraken de arena, volveré desde el abismo para devorarte yo a ti.

—¡Sí, capitana! —respondió el enorme dweymeri.

Caminapolvo se volvió hacia el artilugio de tubos de hierro clavado al último carro de la caravana, levantó una tubería enorme y empezó a aporrearlo con ella como a un perro desobediente. La melodía discordante de la canción férrea se sumó a los enloquecedores susurros que soplaban desde las tierras yermas del norte.

—¿Y yo? —preguntó César.

Bebelágrimas sonrió a su segundo al mando.

—Tú eres demasiado guapo para ponerte en peligro. Quédate aquí. Y no le quites ojo al ganado.

—Están pasándolo mal con tanto calor.

La mujer asintió con la cabeza.

—Dales agua mientras esperas. Y que estiren un poco las piernas. Pero que no se alejen mucho, este es un mal territorio.

—A la orden, capitana.

César se levantó el sombrero mientras Perrero, Graco y Luka llegaban a lomos de sus camellos para unirse a Bebelágrimas al frente de la caravana. Los tres iban vestidos con gruesos jubones de cuero a pesar del calor abrasador, y Perrero y Graco empuñaban ballestas pesadas. Luka llevaba sus bardiches, como siempre, y de su boca pendía perezoso un cigarrillo. El liisiano consideraba que las flechas eran de cobardes, y tenía la suficiente destreza con los bardiches como para que Bebelágrimas no le pusiera objeciones. Pero, eso sí, cómo soportaba fumar con el calor que hacía no lograría entenderlo en la vida.

—Ojos abiertos, bocas cerradas —ordenó Bebelágrimas—. Vamos para allá.

El cuarteto descendió por las rocosas tierras baldías envuelto en un hedor que crecía por momentos. Los hombres de Bebelágrimas eran los cabrones más duros que pudieran encontrarse bajo los soles, pero hasta los hombres más encallecidos nacían con sentido del olfato.

Perrero se llevó un dedo a la nariz y disparó un chorro de moco por cada fosa nasal, sin dejar de maldecir en nombre de Aa y sus Cuatro Hijas. Luka se encendió otro cigarrillo, y Bebelágrimas sintió la tentación de pedirle una calada para quitarse el mal sabor de la boca, aun con aquel dichoso calor.

Encontraron los despojos a unos tres kilómetros camino abajo.

Era una caravana reducida, de dos carros y cuatro camellos que estaban hinchándose bajo la luz de los soles. Bebelágrimas hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para que desmontaran y todos se internaron entre los restos con las armas dispuestas. El aire vibraba con el himno de diminutas alas.

Tenía toda la pinta de haber sido una carnicería. Había flechas clavadas en la arena y en los carros. Bebelágrimas vio una espada caída. Un escudo roto. Un largo chorro de sangre seca, como el garabato de un demente, y una danza frenética de huellas en torno a una hoguera fría.

—Esclavistas —murmuró—. Hace unos pocos giros.

—Sí —dijo Luka, asintiendo y dando una calada a su cigarrillo—. Eso parece.

—Capitana, me vendría bien un poco de ayuda —llamó Perrero.

Bebelágrimas se acercó entre los animales muertos, acompañada de Luka, espantando una densa nube de moscas. Vio a Perrero con la ballesta en la mano, pero apuntando al suelo y su otra mano alzada en señal de

súplica. Y aunque era un tipo cuyo mayor reparo a la hora de rajar una garganta era no salpicarse los zapatos, estaba hablando con voz suave, como a una yegua asustada.

—Venga, venga —arrulló—. Tranquila, chica.

Allí había más chorros de sangre en la arena, marrón oscuro sobre rojo intenso. Bebelágrimas vio los reveladores montículos de una docena de tumbas recién excavadas. Y al otro lado de Perrero vio a la persona a quien estaba hablando con tanta dulzura.

—Por la ardiente polla de Aa —murmuró—. Eso sí que no se ve todos los días.

Una chica. De dieciocho años como mucho. Piel clara, algo enrojecida por la luz de los soles. Largo cabello negro con un flequillo a mechones que caía sobre sus ojos oscuros, en un rostro manchado de polvo y sangre reseca. Pero Bebelágrimas vio que, por debajo de la mugre, la chica era una belleza de pómulos marcados y labios carnosos. Empuñaba un gladius de doble filo, con muescas recientes. Llevaba los muslos y las costillas envueltos en telas, manchadas de sangre de una cosecha distinta a la de su túnica.

—Eres una florecilla bien bonita —dijo Bebelágrimas.

—No..., no os acerquéis a mí —advirtió la joven.

—Tranquila —musitó Bebelágrimas—. Ya no te hace falta ese acero, chica.

—Eso lo decidiré yo, con tu permiso —dijo ella con voz temblorosa.

Luka se había desplazado poco a poco hacia el flanco de la chica y extendió un brazo veloz. Pero ella se volvió, rápida como el rayo, le dio una patada en la rodilla y lo tiró a la arena. El liisiano dio un respingo al encontrarse a la chica detrás de él y la hoja del gladius a apenas un centímetro de su clavícula. El cigarrillo siguió sostenido por unos labios que de pronto estaban secos como el esparto.

«Es rápida».

Los ojos de la chica brillaron mientras espetaba a Bebelágrimas:

—Apartaos de mí o juro por las Cuatro Hijas que acabaré con él.

—Perrero, relájate, ¿quieres? —ordenó Bebelágrimas—. Graco, aparta esa ballesta. Deja un poco de espacio a la joven dona.

Bebelágrimas vio a sus hombres obedecer, alejarse para dejar que la chica exhalara su pánico. La capitana dio un lento paso hacia delante, sus manos vacías levantadas con las palmas hacia fuera.

—No queremos hacerte daño, florecilla. Sólo soy una mercader y estos son mis hombres. Viajamos a los Jardines Colgantes, hemos olido los cadáveres y hemos venido a ver qué pasaba. Es la pura verdad. Lo juro por Madre Trelene.

La chica observó a la capitana con ojos cautos. Luka esbozó una mueca cuando el gladius le hizo un pequeño corte en el cuello y se acumuló una gota de sangre en el acero.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Bebelágrimas, aunque ya sabía la respuesta.

La chica negó con la cabeza y se le humedecieron los párpados.

—¿Esclavistas? —dijo Bebelágrimas—. Vienen mucho por este camino.

A la chica le tembló el labio y empuñó el arma con más fuerza.

—¿Viajabas con tu familia?

—Con... con mi padre —respondió la joven.

Bebelágrimas estudió a la chica. Era más bien bajita y delgada, pero tenía los músculos trabajados y duros. Se había refugiado bajo los carros y había cortado lona para resguardarse de los vientos susurrantes. A pesar del mal olor, se había quedado cerca de los restos del ataque, donde dispondría de recursos y sería más fácil de encontrar, lo que implicaba que era lista. Y aunque le temblaba la mano, llevaba el acero como quien sabe blandirlo. Luka había caído más deprisa que las bragas de una novia en su nuncanoché de bodas.

—No eres hija de mercader —afirmó la capitana.

—Mi padre era mercenario. Trabajaba con las caravanas que parten de Nuuvash.

—¿Dónde está tu padre, florecilla?

—Ahí —dijo la chica, y se le quebró la voz—. Con los... otros.

Bebelágrimas miró las tumbas recién cavadas. Tendrían un metro de profundidad. Arena seca. Calor desértico.

Normal que hubiera aquella peste.

—¿Y los esclavistas?

—Los enterré también.

—¿Y qué es lo que estás esperando aquí fuera?

La chica lanzó una mirada hacia la canción férrea de Caminapolvo. Tan al sur, los krakens de arena no suponían mucho peligro. Pero la canción férrea significaba carros, y los carros significaban ayuda, y quedarse allí con los muertos no parecía ser su intención, por mucho que fuese donde había enterrado a su padre.

—Puedo ofrecerte comida —dijo Bebelágrimas—. Y llevarte a los Jardines Colgantes. Y garantizarte que mis hombres no harán ningún avance indeseado. Pero tendrás que soltar esa espada, florecilla. El joven Luka es nuestro cocinero, además de guardia. —Bebelágrimas aventuró una leve sonrisa—. Y, como te diría mi marido si aún estuviera entre nosotros, no te interesa que prepare yo la comida.

Los ojos de la chica se inundaron de lágrimas cuando volvió a mirar hacia las tumbas.

—Le tallaremos una piedra antes de irnos —prometió Bebelágrimas con voz queda.

Entonces cayeron las lágrimas y la cara de la chica se arrugó como si se la hubieran hundido de un puntapié. Dejó caer la espada y Luka se apartó rodando por la arena y se levantó. La chica se quedó allí plantada, como un retrato encorvado, con la cara tapada por cortinas de pelo apelmazado por la sangre.

A la capitana casi le dio lástima.